

Patricio Aylwin y la verdad

Pdte Ikeda

4 páginas

“El reino de la verdad es la base de una sociedad democrática, pero la mentira es a menudo la antesala de la violencia”- Estas palabras del ex presidente chileno Patricio Aylwin tienen un peso especial: él las ha vivido.

En el violento régimen militar opresor de sus oponentes que siguió al golpe de estado en 1973, por lo menos 3.000 personas fueron muertas o “desaparecidas”. Casi diariamente se encontraban cuerpos de personas que habían sido asesinadas por las fuerzas armadas, flotando sobre las aguas del río Mapocho que atraviesa el corazón de Santiago, capital chilena que todavía conserva su arquitectura colonial. Unas 170.000 personas fueron sumariamente arrestadas o detenidas, y 300.000 fueron forzadas a huir del país. La nación estaba paralizada por el temor. Durante 16 oscuros años, nadie se atrevía a decir la verdad. El pueblo de Chile experimentó, de primera mano, la demoníaca crueldad del autoritarismo, como lo ilustra poderosamente esta historia compartida conmigo por un amigo chileno.

En 1983, en Concepción, la segunda ciudad más grande de Chile, un joven fue ilegalmente detenido junto con su hermana, siendo ambos torturados. Su padre trató de todo para lograr su liberación, pero sin resultado alguno. Un día, por la desesperación, fue a la plaza principal de la ciudad, se roció gasolina y amenazó con inmolarsse si sus hijos no eran liberados. Cuando un miembro de las fuerzas de seguridad se le acercó, el hombre encendió sus ropas mojadas en gasolina, convirtiéndose en una antorcha humana. Esta fue la única manera que tuvo él para expresar su amor por sus hijos y su frustración ante la injusticia.

Fue conducido a un hospital, críticamente herido. La gente quedó tan conmovida por su valentía que a las autoridades no les quedó otro camino que permitir que su hija lo visitara. Incluso entonces, a ella no se le permitió verlo cara a cara, sino que tuvo que hablarle a través de un intercomunicador. Poco después, él sucumbió a las heridas, pero como resultado de su desesperada “petición”, cesó la tortura a sus hijos y se les permitió un proceso en una corte pública.

En noviembre de 1992, me reuní con el presidente Aylwin en Tokio. Durante los años de dictadura militar, las actividades de su partido, la Democracia Cristiana, habían sido proscritas junto con las de los demás partidos de la oposición. “Quienes ostentan la autoridad siempre enfrentan la tentación de adoptar cualquier medio disponible para alcanzar sus metas”, observó el presidente Aylwin. “Impulsados por el deseo de permanecer en el poder, la gente fácilmente se hace inescrupulosa. Por eso es tan importante que quienes ejercen el poder se guíen por la ética. Deben contemplar cuestiones filosóficas tales como: ¿con qué propósito

nacimos?, o, ¿para qué vivimos? Como cristiano”, continuó Aylwin, “yo creo que nacemos para servir a Dios y al prójimo. Si traducimos esto a los términos de la política, significa que el gobierno existe para servir al pueblo. Estoy seguro de que, cualquiera sea la base religiosa de la que se parta, siempre se llegará a una definición similar de lo que es un gobierno justo”.

El presidente Aylwin siempre ha enfatizado el poder de la cultura democrática. Él cree que es un gran error pensar en la democracia no más que como un sistema político. Más bien, es un modo de vida, una cultura de respeto y consideración. Cuando se pierden estas cualidades, cuando la gente pierde su sentido de la ira ante las mentiras que maltratan y hieren a los demás, la democracia queda minada en su base misma.

La noche de opresión de los chilenos fue en verdad larga y oscura, pero no toda la luz quedó extinguida. El pueblo expresó su resistencia a través del arte. Pequeñas tarjetas pictóricas y tapices colgantes que representaban lo que en realidad sucedía bajo el régimen militar, eran pasados de un amigo a otro. Circulaban publicaciones clandestinas. A través de panfletos, tallados, poesía y obras de teatro, se forjó una invisible red de comunicación.

Intimidados por la dictadura, las estaciones de televisión y los principales diarios propagaban mentira tras mentira. Conforme pasaron los años y se repetían las mentiras, éstas comenzaron a tomar un aire de verdad. Todo lo que quedaba eran islas de resistencia, aisladas en el océano de las mentiras. Sin embargo, esas islas eran los únicos lugares donde la gente podía vivir verdaderamente con dignidad humana.

El pueblo de Chile encontró en las canciones, una manera de expresar su ira y frustración por no poder decir la verdad de lo que veían a su alrededor. Sus corazones resonaban con el espíritu de Violeta Parra Sandoval, quien compuso la letra:

*¡Que traigan la cárcel, que venga la policía
Porque lo que estoy diciendo
Está iluminado por la verdad!*

Otro compositor cuyas letras eran amadas y transmitidas por los demás fue Víctor Jara:

*Caerán quienes aplastan las esperanzas del pueblo;
Caerán quienes se comen el pan del prójimo
sin haberlo ganado con el sudor de su frente.
Y, el pueblo surgirá como el sol que asoma sobre los campos cada mañana.*

Víctor Jara fue brutalmente asesinado por los militares durante el golpe de estado de 1973, pero finalmente, en febrero de 1988, llegó el día en que surgió el pueblo como el sol, tal como él había dicho que sucedería. Quienes se opusieron al largo reinado de la dictadura militar formaron una gran alianza. Más de una docena de partidos políticos unieron sus fuerzas, se juntaron en su determinación para decir “no” a las mentiras y la opresión.

Patricio Aylwin estaba en el centro de este movimiento. Él instó a los partidos

políticos a superar sus diferencias y trabajar juntos, diciendo que si estas muchas luces esparcidas se enfocaran en un solo gran haz de luz, podrían iluminar el futuro. Esta campaña popular, llevada a cabo bajo una constante vigilancia y acoso, sacudió al país entero. Entonces, en un plebiscito nacional realizado en octubre de 1988, el pueblo chileno hizo su histórica elección. El llamado a “no a las mentiras y la opresión” resonó victorioso.

En diciembre del año siguiente, 1989, se realizaron las primeras elecciones presidenciales en 19 años. Patricio Aylwin, como el candidato de la Coalición de Partidos para la Democracia, venció por un amplio margen. La larga noche había terminado. Por todas partes, el pueblo tomó las calles para celebrar su recién ganada libertad, ondeando banderas y haciendo resonar las bocinas de los automóviles. Las celebraciones continuaron interminablemente, y la música de la “Oda a la Alegría” de Beethoven, resonaba por todas partes, desde las calles de Santiago hasta las cimas de las montañas de los Andes.

Volando hacia Chile, desde el Paraguay, en febrero de 1993, el avión en el que viajaba cruzó sobre los Andes, dirigiéndose directamente hacia el dorado atardecer. Abajo, los plateados picos estaban matizados de escarlata por los últimos rayos del sol. Habían pasado 33 años desde que hiciera mi primer viaje fuera del Japón, hacia Hawai. En mi búsqueda de la paz mediante el diálogo, Chile sería el 50° país que visitaba. Para conmemorar este hito personal, compuse un poema:

Remontando

*los picos nevados del cordón andino,
envuelto en la majestuosa luz dorada
del sol crepuscular
yo proclamo: ¡He triunfado!*

Cuando llegué al Palacio de la Moneda, donde están ubicadas las oficinas presidenciales, el presidente Aylwin estaba allí para recibirme con su amplia y característica sonrisa. Tres años después de ser electo, el presidente todavía gozaba de un índice de aprobación del 80 por ciento.

Anticipándose a la era de la Cuenca del Pacífico, él me habló de su entusiasmo por el intercambio cultural entre Japón y Chile. Como “vecinos del Pacífico”, declaró él, tenemos que hacer mayores esfuerzos para acercarnos y conocernos mutuamente.

Fiel a sus palabras, al año siguiente, en 1994, él visitó el Japón nuevamente y habló en la Universidad Soka de Tokio. Aun después de dejar la presidencia de Chile, él continúa desempeñando un activo rol en la arena internacional: “Yo quiero continuar mirando hacia el futuro. No deseo retirarme a mi estudio para escribir mis memorias. Quiero continuar luchando, manteniéndome fiel a las convicciones que he abrazado toda mi vida”.

En 1960, el oleaje de un maremoto que siguió a un sismo en Chile atravesó el océano Pacífico y llegó hasta el Japón, recordándonos lo pequeña que es la Tierra en realidad. Yo espero que las olas democráticas que llegan desde Chile inspiren ahora al pueblo japonés. También deseo que el mismo sol de los derechos humanos –que comenzó en Chile mediante los esfuerzos de su pueblo– se eleve en el Japón también. Los japoneses podrían aprender mucho, creo yo, de esa noble ira y el rechazo a ser engañados por las mentiras de quienes están en el poder.

Sueño con el día en el que reine un inquebrantable respeto por la verdad –como los poderosos Andes, altos y dignos como los vi en la dorada luz del atardecer.

(*) *Pdte Ikeda*
pte



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:
<http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, tesis, testimonios, discursos, información caídos, fotos, prensa, etc.) Envía a:
archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores.

© CEME web productions 2004

